

La Macaronesia y las Islas Canarias desde la perspectiva de la literatura de ficción de Verne

Juan Luis García Arvelo
Juanluisarvelo@gmail.com

JUAN LUIS GARCÍA ARVELO (Santa Cruz de Tenerife, 1966), licenciado en Derecho (1992), graduado en Historia (2013) y máster en Ciencias de la Comunicación por la Universidad de La Laguna (2014), es doctorando en la Universidad de Las Palmas. Fundador y director del *Bufete García-Arvelo Abogados* en 1992, combina el ejercicio de la profesión jurídica con la investigación sobre sus temas de interés en el contexto de las Islas Canarias. Juan Luis García Arvelo

Resumen

Gran Canaria y Tenerife están presentes en la obra del gran novelista francés Julio Verne. *Agencia Thompson y cia.* es un relato de viajes en el que sus protagonistas, en un destartalado vapor a modo de crucero todo incluido, visitan Azores, Madeira y Canarias. Lo que se encuentran los personajes en las Islas Canarias y la realidad descrita por el autor es llamativa en comparación con la otra realidad que describen los viajeros y científicos que visitaron nuestras islas en esos tiempos. No obstante, la ficción novelada de Verne nos deja un paisaje peculiar de nuestra isla y de sus habitantes que, retratado en estilo aventurero y novelesco por el inmortal autor, puede despertar en los canarios pasiones encontradas. Nuestro análisis se centrará en observar cómo era mirado el archipiélago a través de un viaje crucero de ficción, a partir de fuentes tales como cartografías y atlas de la época más o menos precisos, valorando las fuentes consultadas por el autor para dibujar la realidad descrita en su novela: paisaje, sociedad, costumbres y demás aspectos.

Palabras clave

Julio Verne (1828-1905), literatura de viajes, Islas Canarias, Macaronesia.

Abstract

Gran Canaria and Tenerife can be found in the work of the great French novelist Jules Verne. *L'agence Thompson and Co.* is a tale about travels in which the main characters, on board of a ramshackle steamboat used as an all-inclusive cruise, visit three archipelagos of the Macaronesia. What the characters find on the islands they visit, attracts attention if we compare it to another reality; the description that can be found in the pages of the diaries of the European travelers who visited our islands in those years. Nevertheless, Jules Verne's fictional work provides us a peculiar description of our island as well as of its inhabitants. This fact, due to the bizarre and thrill seeking literary style of the immortal writer, can awaken mixed feelings in the hearts of the inhabitants of our islands. Our analysis will focus on observing how our archipelago was looked at by means of a fictional cruise, taking as starting point tools as for example, more or less accurate cartography and atlas of that time and looking at the sources used by the author to draw the reality depicted in his novel: landscape, society, habits and other topics.

Keywords

Jules Verne (1828-1905), travel literature, Canary Islands, Macaronesia.

La Macaronesia y las Islas Canarias desde la perspectiva de la literatura de ficción de Verne

Juan Luis García Arvelo
Universidad de La Laguna

Introducción

La fijación de Julio Verne por las aventuras de los protagonistas de sus novelas en islas lejanas y misteriosas tuvo también reflejo en nuestro archipiélago con la obra *Agencia Thompson y compañía*,⁹⁰⁹ una casi desconocida novela del universo Verne, en el que se relatan las aventuras y desventuras de un grupo de turistas en un – como casi siempre sucede en las obras de nuestro autor - accidentado viaje en crucero por las islas que integran la Macaronesia. Conviene aclarar que se trata de una obra escrita por un Verne, pero no por Julio. En efecto, se trata de una obra publicada en 1907, fallecido ya Julio Verne, y publicada por su hijo Michel. Al parecer, Julio Verne escribió los primeros veinte capítulos, habiendo terminado los diez siguientes su hijo, quien le dio el título de *Agencia Thompson y compañía*. en lugar del inicialmente planeado que llevaba por título *Un viaje económico*. Pese a ese carácter póstumo de la obra, ésta se encuentra integrada en la colección «Viajes Extraordinarios» que incluye títulos mundialmente conocidos como *la isla misteriosa*, *Veinte mil leguas de viaje submarino*, *La vuelta al mundo en ochenta días* y otras que sí nos resultan harto familiares. No conviene engañarnos y pensar que estamos ante una obra épica o excepcional, al puro universo Verne, en la que nos encontraremos con aportaciones teóricas de futuros avances de la técnica y del desarrollo científico que en el autor nos asombra una y otra vez. En la obra a analizar no encontraremos grandes formulaciones o previsiones de ese tenor, aunque no es ocioso afirmar que podemos encontrar alguna que otra situación o alguna previsión con la que sí que acertó.

El relato procesual de los acontecimientos descritos, desprovisto de las referencias a nuestras islas, y en lo atinente exclusivamente a la organización del crucero, las condiciones de pago, cancelaciones sobrevenidas y demás incidencias acaecidas durante el viaje avanzan con cierto acierto prácticas comerciales que hoy resultan familiares en una comunidad como la nuestra en la que la industria turística es un factor decisivo de su economía. Hoy las islas son destino de líneas de cruceros de tipo turístico que organizan viajes con excursiones casi idénticas a las que la agencia Thomp-

⁹⁰⁹ <https://canariascultura.com>, donde el lector tiene a su disposición el contenido de la obra, originalmente publicado en capítulos por el rotativo francés *Le Journal* entre el 17 de octubre y el 25 de diciembre de 1907. Como preámbulo a la presente comunicación, véase en la misma dirección electrónica el artículo de Antonio Cabrera Cruz, con fecha 7 de agosto de 2013, titulado «Julio Verne y Canarias»; así como el trabajo DÍAZ ALMEIDA, FRANCISCO LUCIANO: «Visión de Canarias en Julio Verne. Notas sobre las imágenes turísticas en Canarias», en *Boletín Millares Carlo*, núm. 11, Seminario Millares Carlo, Las Palmas de Gran Canaria, 1990, pp. 201-225.

son preparó para los protagonistas de la novela. Los primeros capítulos relativos a la salvaje competición entre agencias rivales por abaratar el coste del crucero; el modo *todo incluido* del viaje -no se menciona así explícitamente-; el trato por la organización del crucero a los viajeros y otras particularidades que se describen en la novela, recuerdan de manera llamativa a los paquetes turísticos que se ofrecen en la actualidad, tanto en los hoteles como en las agencias marítimas organizadoras de cruceros.

En lo que a los canarios y a Canarias concierne sí que resulta particularmente interesante el relato descriptivo de lo que los viajeros del vapor «Seamew» se encontraron en nuestro archipiélago: su paisaje, geografía, geología, vegetación, flora y fauna, orografía del terreno, sus localidades, sus habitantes y sus relaciones con la metrópoli. Estos fueron los personajes: a) Alice Lindsay, protagonista femenina, heroína recién enviudada que embarca en el crucero del vapor «Seamew» en un intento superar el fallecimiento de su marido, la cual sufrirá durante el viaje episodios de acoso e intentos de su cuñado de despojarla de la herencia; b) Robert Morgand, marqués de Gramond, protagonista masculino, joven y apuesto francés que se enrola en el crucero como intérprete; c) Dolly Lindsay, hermana menor de Alice; d) Jack Lindsay, el ambicioso villano de la narración, hermano del difunto esposo de Alice, que dilapidó en las apuestas su fortuna obtenida en la herencia y busca enamorarla con el fin de tener acceso al dinero que dejó su hermano en herencia a su esposa; e) Roger de Sorgues, turista francés que entabla amistad con Robert; f) Thommson, naviero y promotor turístico, propietario de la *Agencia Thommson y cia*; y g) Baker (o también Saunders), competidor y rival de Thompson, propietario de la agencia *Baker and Co., Limited* y que embarca bajo una identidad falsa en el crucero con el fin de observar los manejos de su competidor.⁹¹⁰

Canarias en la visión de Verne

La asociación de Canarias con la mítica Atlántida estará presente en la novela. Es una cuestión, ésta, ya recurrente pues no es la única obra de Verne que asocia Canarias a la Atlántida. En *Veinte mil leguas de viaje submarino* los protagonistas en un momento dado de su navegación submarina descubren el llano del sumergido continente de la Atlántida, cuya posición coincide, según su parecer, con una de las islas Canarias o de Cabo Verde: «un poco más tarde, se dan cuenta de que han llegado a un lago cercado por las paredes de un volcán apagado que deciden explorar. Empiezan la ascensión y, a una cierta altura, topan con unos dragos en cuyo interior se halla un panal de abejas». La descripción del lugar permite afirmar, sin ningún género de dudas y aunque los personajes no indiquen expresamente dónde se encuentran, que se trata de las islas Canarias.

La localización geográfica del archipiélago en la novela es acertada, y su descripción - aunque recurre a los tópicos y típicos de la bibliografía *verniana* insular- no establece diferenciación alguna entre las islas de esta novela situadas en la Macarone-

⁹¹⁰ En la elaboración del presente trabajo, al margen de la bibliografía citada, se ha consultado la colección histórica del diario madrileño *ABC* en la dirección electrónica www.abc.es.

sia, en el océano Atlántico, de otras islas ubicadas en el océano Pacífico. Para Verne son prácticamente idénticas las caracterizaciones descritas de la totalidad de *sus* islas, y que son, como sabemos, abundantísimas en su bibliografía.

En el capítulo XVIII empieza el desglose descriptivo del archipiélago canario poblado, según Verne, por 280.000 habitantes.⁹¹¹ Lo forman nada menos que once islas, pues incluye a Alegranza, Montaña Clara, Graciosa, Lanzarote, Lobos, Fuerteventura, Gran Canaria, Tenerife, Gomera, Hierro y La Palma. Desde el punto de vista de la proximidad afirma su cercanía, 100 km de distancia, a África y por tanto de gran lejanía a España. Está gobernada por un comandante con residencia en Santa Cruz de Tenerife y dos alcaldes mayores constituyendo una provincia de la lejana España.

Canarias se caracteriza por sus costas de «aspecto salvaje y agreste, verdaderas murallas de hierro con un interior volcánico, varios volcanes secundarios en torno al central y principal. Así, resulta extraño el epíteto de Afortunadas, si no se conocen sus cráteres apagados, sus valles y mesetas cóncavas ..., abrigados de los vientos tórridos del África; reina allí una primavera perpetua y de tierra fértil, pues ...le procura al hombre hasta tres cosechas anuales».⁹¹² La descripción individual de las islas objeto de visita por los protagonistas no es especialmente detallada. Obvia la isla de La Palma, a la que el crucero ni se acerca, y de las restantes ofrece una información general; la caracterización tipo de un archipiélago volcánico. Se asemejan todas por lo salvaje de su aspecto, con grandes promontorios de basalto cortados a pico bordeados por estrechos arenales.

En cuanto al clima, también dibuja unas generalidades del tipo de clima insular atlántico en una zona próxima al continente africano, con alguna inexactitud en la descripción climatológica de alguna concreta localización específica, como veremos en la visita a La Laguna. Describe con carácter general un clima seco y cálido con vientos del Este. No obstante, no todo el clima es tan «inhóspito», pues describe en otras partes del archipiélago zonas de «clima más benigno y agradable en algunas zonas, en particular los valles y calderas que habilitan la zona para ubicar hospitales para leprosos y tuberculosos venidos de Europa».⁹¹³

La llegada a los límites de nuestro archipiélago comienza desde las islas orientales, que no serán visitadas in situ. Se mencionan expresamente lugares que nos resultan tan familiares como Alegranza, Montaña Clara, La Graciosa y El Río.⁹¹⁴ Verne conviene en establecer marcadas diferencias entre los paisajes de Lanzarote y La Graciosa.⁹¹⁵ Pasan por la costa occidental de Lanzarote, con sus agrestes y monótonas rocas tan semejantes a las Azores. Describe al macizo de Famara el más alto de Lanzarote

⁹¹¹ BURRIEL DE ORUETA, EUGENIO: *Canarias: población y agricultura en una sociedad dependiente*, Oikos-Tau, Barcelona, 1981; y GARCÍA RODRÍGUEZ, JOSÉ-LEÓN: «La evolución reciente de la población», en *Geografía de Canarias*, Editorial Interinsular Canaria, Santa Cruz de Tenerife, 1985, tomo II, pp. 43-68.

⁹¹² VERNE, JULIO: *Agencia Thompson y cia.*, Ediciones Idea, Santa Cruz de Tenerife, 2002, pp. 205 y 206.

⁹¹³ *Ibidem*, p. 203.

⁹¹⁴ *Ibidem*, pp. 206, 198 y 206, respectivamente.

⁹¹⁵ «La occidental, agreste, desolada, cubierta de cenizas volcánicas, con una playa llamada Quemada, nombre que indica su no fertilidad. Y la oriental, donde la humedad ha permitido que se asiente la vida» (*ibidem*, p. 205).

y que Verne denomina «costa baja cubierta de ceniza volcánica» pasando desde el vapor a través de playa Quemada. Define la isla como una «tierra nada fértil, llena de rocas áridas y tristes, sin ciudades; tan solo miserables aldeas [...] tiene dos centros comerciales uno en Teguise y otro en Arrecife. Arrecife es la mejor zona de la isla, con un excelente muelle y beneficiada por el alisio del nordeste que hace de la zona el único lugar donde se puede establecer la vida. El resto [...] verdadera estepa».⁹¹⁶ Respecto a Lanzarote y Fuerteventura, no establece prácticamente diferencia alguna, mencionando el canal de la Bocaina como único elemento diferenciador entre ambas islas, que considera prácticamente idénticas.

Gran Canaria

La visita de los turistas en tierra canaria se inicia en la isla de Gran Canaria, de la que destaca sus particularidades naturales: barrancos profundos, valles abrigados. No es la isla de mayor superficie, pero «puede ser un buen resumen de las demás, por cuanto si bien no tiene el prodigioso clima de Tenerife, posee en cambio las costas más inaccesibles, los valles más abrigados, los barrancos más profundos y, en general, las más curiosas particularidades naturales».⁹¹⁷ De la capital de la isla - la ciudad de Las Palmas – edificada a la salida del barranco de Guiniguada, destaca un engañoso aspecto exótico visto desde el mar, con su puerto de La Luz a tres kilómetros de la propia ciudad y en el que el tráfico comercial de personas, mercancías y el trasiego de los buques anclados ha creado una nueva y pequeña ciudad. De sus pobladores señala su cortesía, su finura y su vivacidad. Las casas tienen fachadas correctas, pequeñas habitaciones y un «salón de recibir, en cuyas dimensiones se cifra el orgullo de los canarios».

La descripción que hace de Las Palmas es muy particular. Dividida por el río Guiniguada en dos partes muy desiguales. Una ciudad alta, habitada por la nobleza y los funcionarios, y la ciudad baja, eminentemente comercial que termina en lo que Verne llama el promontorio del oeste, en cuyo extremo se alza la fortaleza del Castillo del Rey. Es una ciudad «bien construida, con calles estrechas y sombrías». Posee pocos monumentos interesantes y con una engañosa sensación morisca desde la lejanía que, una vez dentro de la ciudad, se desvanece. «Nada menos morisco que las calles, las casas, los habitantes, ofreciendo estos últimos elegancia exclusivamente europea, hasta francesa».⁹¹⁸

Es habitual el recurso estilístico del autor, presente en otras obras, a generalidades bienintencionadas que se pueden aplicar a cualquier natural de cualquier parte del mundo. Así, respecto a la mentalidad y pensamiento del canario, Verne nos da unas de cal y otras de arena, pues si bien define como gente muy cerrada a los canarios, reconoce en ellos grandes cualidades que los viajeros no tuvieron ocasión de descubrir, «en particular la cortesía y un pundonor muy a flor de piel [...] dichas cualidades

⁹¹⁶ *Ibidem*, p.198.

⁹¹⁷ *Ibidem*, pp. 206-207.

⁹¹⁸ *Ibidem*, pp. 210-211.

están compartidas entre la gallardía del hidalgo y la sencillez del guanche. De compleción delgada, mediana estatura, con grandes ojos negros adornando semblantes con regularidad de rasgos que no carecían de verdadera e innata distinción». ⁹¹⁹

Del origen de su poblamiento, y arrancando de la citada asociación realizada anteriormente de las Canarias con la mítica Atlántida, afirma posteriormente que fueron ocupadas por los guanches, al que considera un pueblo troglodita y que fue extinguido, conquistado y «suprimido por los que le sucedieron», del que pone en valor «la bravura de la que hicieron gala cuando la incursión de Bèthencourt». El recurso a la épica bien intencionada tan característico de Verne sigue presente.

No impregna tampoco Verne a las Canarias de una especial españolidad, por cuanto la presencia española solo la destaca a nivel administrativo, con el ya citado comandante que gobierna la región y los dos alcaldes mayores, no dejando muy bien parada la administración de Canarias realizada por el estado monárquico español, al que califica de negligente y apático, y afirma que en Canarias se hablaba el castellano y dialectos «que nadie puede comprender» en las zonas montañosas. ⁹²⁰ Los errores en estos aspectos son palpables, por cuanto la organización político-administrativa del archipiélago canario, si bien es cierto que en ese momento no se había consumado la división provincial, estaba prácticamente configurada tal cual hoy es en la actualidad. Sí menciona específicamente el abandono al que la metrópoli ha sometido a las islas y que explican la mediocridad de su tráfico comercial que por su localización geográfica debería «constituir una de las principales escalas de la gran ruta del océano». La primera jornada en Gran Canaria arranca temprano, pues se sale a las seis de la mañana, tomando por uno de los «excelentes» caminos que rodean la ciudad. El trayecto para la excursión es hacia la caldera de Bandama, atravesando una campiña fértil y bien cultivada con productos del trópico y «particularmente vastas plantaciones chumberas». ⁹²¹

En este punto, el autor ofrece una ajustada síntesis del proceso de evolución agrícola que sufrió Canarias desde su conquista y de los sucesivos cambios de tipo de cultivo que la isla sufrió a raíz de sus particulares incidencias. Así explica cómo inicialmente el cultivo mayoritario era el de la caña de azúcar hasta que el descubrimiento del azúcar de remolacha hizo decaer la demanda de este producto, lo que obligó a sustituirlo por viñedos, convirtiéndose Canarias en una nada despreciable región exportadora de vino hasta que una plaga, la filoxera, dio al traste con este cultivo, obligándoles a sustituirlo por la cochinilla del que se convirtieron en principales exportadores hasta la aparición de los tintes químicos que igualmente quebraron ese tipo de cultivo. ⁹²²

⁹¹⁹ *Ibidem*, pp. 211 y 219-220.

⁹²⁰ *Ibidem*, p. 205.

⁹²¹ *Ibidem*, pp. 217, 219 y 221.

⁹²² Contrátese con: RIVERO SUÁREZ, BENEDICTA: *El azúcar en Tenerife, 1496-1550*, Instituto de Estudios Canarios, La Laguna, 1991; MORALES LEZCANO, VÍCTOR: *Relaciones mercantiles entre Inglaterra y los archipiélagos del Atlántico Ibérico. Su estructura y su historia (1505-1783)*, Instituto de Estudios Canarios, La Laguna, 1970; BÈTHENCOURT MASSIEU, ANTONIO DE: *Canarias e Inglaterra: el comercio de vinos (1650-1800)*, Cabildo de Gran Canaria, Las Palmas, 1991; y MACÍAS HERNÁNDEZ, ANTONIO MANUEL: «Canarias, 1830-1890:

Igualmente menciona como digna de admiración la capacidad del gran canario de combatir la sequía casi permanente «en esas regiones quemadas por el sol y en las cuales se pasan muchas semanas, muchos meses y hasta muchos años a veces sin que el cielo conceda una gota de lluvia», gracias a una red de acueductos que conducen la lluvia desde la cumbre hasta los valles, «o mediante cisternas cavadas al pie de los nopales y de los áloes, cuyas anchas hojas recogen la humedad de las noches bajo la forma de una blanca escarcha, que funden y liquidan los primeros rayos de sol». Ocupan los viajeros la mañana pasando por la caldera de Bandama y a mediodía llegan a San Lorenzo, villa de dos mil habitantes, donde se detienen a almorzar y prueban el gofio, «especie de mezcla de harina de trigo o maíz torrefacta y diluida en leche [...] que, aunque [...] constituye el manjar nacional, no es de sabor muy agradable». ⁹²³ Por la tarde, se sigue hacia otra zona, dirección norte. Llegan Gáldar, sobre la costa noroeste; después, y habiendo atravesado la villa de Agaete, llegan hacia las cinco de la tarde a la caldera de Tejeda y, situada en su pendiente interior, al pueblo Artenara. Poblada únicamente por carboneros, Artenara es «una población de trogloditas de hospitalidad rudimentaria con sus casas cavadas en las murallas del circo, colocadas las unas encima de las otras e iluminadas por aberturas que desempeñan el papel de ventanas, con suelos recubiertos de esteras sobre las que se sientan para las comidas. Tan sólo la iglesia eleva su campanario al aire». ⁹²⁴ En vista de las dificultades para pasar la noche, optan por seguir la excursión hacia la caldera de Tejeda. Y en Tejeda, donde acaba jornada, pasarán la noche.

En la siguiente jornada se suceden varios incidentes. Tras pasar la cima de Tirajana, se inicia el ascenso al Pozo de la Nieve, donde son abandonados por el guía y atacados en Artenara por una muchedumbre de negros, que Verne denomina república de negros. La reflexión sobre esa república no tiene desperdicio. Transcribimos aquí la conversación tenida entre dos protagonistas, una vez que salen, con éxito, de la emboscada de los canarios de color negro.

«- En realidad, ¿qué clase de colonia es esa, negra en pleno país de raza blanca?; -Una antigua república de negros -respondió Roberto-. Hoy, hallándose como se halla abolida la esclavitud en todo país dependiente de un Gobierno civilizado, esta república ha perdido su razón de ser. Pero los negros tienen cerebros obstinados, y los descendientes persisten en las costumbres de los antepasados, y así continúan enterrados en el fondo de sus cavernas salvajes, viviendo en un aislamiento casi absoluto, sin aparecer a veces en las poblaciones próximas durante más de un año; -No son muy hospitalarios-observó Roger riendo - ¿qué diablos pudo hacerles usted para ponerlos de aquel modo de revolución?; - Absolutamente nada -dijo Roberto - la revolución había estallado antes de mi llegada; - ¡hombre! ¿Y por qué motivo?; - No me lo han contado, pero he podido adivinarlo fácilmente con las injurias con que me han abrumado. Para comprender sus razones, precisa saber que los canarios ven con malos ojos cómo los extranjeros llegan a su país cada vez en mayor número, pues creen que todos esos enfermos dejan en sus islas algo de sus en-

el papel de la grana en la economía isleña», en *Áreas. Revista de Ciencias Sociales*, núm. 12, Editora Regional de Murcia, Murcia, 1990, pp. 239-258.

⁹²³ VERNE, JULIO: *Agencia Thompson y cía.*, op. cit., pp. 221-222.

⁹²⁴ *Ibíd.*, pp. 223-224.

fermedades, y que acabarán por hacerlas mortales. Ahora bien, aquellos negros se imaginaban que nosotros acudiríamos a su pueblo con objeto de fundar en él un hospital de leprosos y tísicos. De ahí su furor; - ¡un hospital...! ¿y cómo ha podido nacer esa idea en sus crespas cabezas?; -Alguno se la habrá inspirado -respondió Roberto-, y puede calcular el efecto de semejante amenaza en sus cerebros infantiles imbuidos de prejuicios locales». ⁹²⁵

Superado el incidente y tras rodear el Pozo de la Nieve, vuelven a extraviarse. Sin embargo, conseguirán en el pueblo un muchacho que les guíe hasta Telde. Será un camino inacabable por senderos y más senderos. En el llano, el guía les indicará la dirección sur. Los turistas no le creen y marchan hacia el norte, sorprendiéndose de llegar a Las Palmas y no a Telde. Hasta aquí la visita a Gran Canaria. Una vez en puerto duermen en el barco y partirán rumbo a la otra isla central de las Canarias.

Tenerife

Cincuenta millas apenas separan Las Palmas de Gran Canaria de Santa Cruz de Tenerife, tardando cuatro horas la travesía a una velocidad de doce nudos por hora. Entre la segunda, ciudad rival en importancia con Las Palmas, ⁹²⁶ y Europa las comunicaciones son fáciles y frecuentes. Numerosas líneas de vapores la unen con Liverpool, Hamburgo, El Havre, Marsella y Génova, sin contar la compañía local que garantiza un pasaje bimensual entre las diversas islas del archipiélago. Vemos aquí la contradicción permanente del texto que nos ocupa pues, líneas atrás, cuestionaba «la mediocridad del tráfico comercial al que la metrópoli ha sometido a las islas».

Santa Cruz de Tenerife está edificada en anfiteatro, al abrigo entre el mar y un cinturón de montañas. La ciudad de Santa Cruz es un «seductor arribo», y puede a este respecto, sostener la competencia con Las Palmas. El interés de los viajeros por las visitas guiadas a ciudades de las islas ha decaído considerablemente pese a la caracterización como «indudablemente agradable» que Verne le adjudica a la capital tinerfeña. La única preocupación de los viajeros a estas alturas de su estancia en Canarias, más que visitas a la ciudad, es la anhelada excursión al célebre pico del Teide, más conocido con el nombre de Pico de Tenerife, cuya ascensión, prometida por el programa, constituía lo que Verne denomina «clou» del viaje. Se trata este evento de cosa verdaderamente notable y un gran acontecimiento, hasta el punto de que «sólo la aproximación de excursión semejante hacía ya subir las acciones de la agencia Thompson». Pero verdaderamente tenían mala suerte los turistas del «Seamew» porque la magnífica y prometida vista del Pico desde el barco en plena travesía desde Gran Canaria a Tenerife se había visto truncada, por cuanto el día «estaba obstina-

⁹²⁵ *Ibíd.*, pp. 230-231.

⁹²⁶ GUIMERÁ PERAZA, MARCOS: *El Pleito Insular (1808-1936)*, Instituto de Estudios de Administración Local, Madrid, 1987

damente oculto tras un espeso manto de nubes impenetrable hasta para los mejores anteojos». ⁹²⁷

La ya mencionada indiferencia del pasaje hacia una visita por los encantos de la capital tinerfeña, determinó que el director del crucero, el atribulado y malhadado Thommson, proponga como otra opción para llegar a la ciudad de La Orotava, punto de partida para la esperada excursión de ascenso al Pico del Teide, una ruta marítima en dirección Este, costeando el macizo de Anaga y navegando en cabotaje paralelo a la costa norte hasta llegar al puerto de La Orotava. La otra opción era el desplazamiento por tierra atravesando la isla conforme señalaba el programa. Aquí, el grupo se separa pues varios de los pasajeros deciden llegar a la Orotava por tierra visitando, entre otros lugares, la ciudad de La Laguna, antigua capital de la Isla y de clima más «benigno», en el que evitarían sobre todo las molestias de los mosquitos que, al parecer, en Santa Cruz constituían una plaga. No obstante, antes de la separación, el grupo unido realiza una visita rápida a la ciudad de Santa Cruz. Pasearon por sus amplias calles bordeadas de casas provistas generalmente de elegantes balcones y cubiertas frecuentemente de pinturas a la moda italiana. Atravesaron la hermosa plaza de la Constitución, en cuyo centro se alza un obelisco de mármol blanco, guardado por las estatuas de cuatro antiguos reyes guanches.

Después, parte el grupo de a pie en carruajes cómodos y ligeros a galope en dirección hacia La Laguna. Parece olvidar el autor, en este punto y en esta tesitura, la existencia del flamante tranvía de Tenerife, que sabemos había sido inaugurado en 1901 con parada término precisamente en La Laguna y en 1907 hasta Tacoronte. Sin menciones por tanto al tranvía, continúan trayecto en carruaje hasta La Laguna, les llevará hora y media. La distancia respecto a Santa Cruz, así como la altura, son expresadas correctamente -una altitud de 520 metros- con una temperatura que Verne considera «agradable»; calificación ambigua e indudablemente comparativa con el pegajoso, caluroso y molesto -por los mosquitos- clima de Santa Cruz. Es interesante y acertada la referencia a La Laguna como lugar de veraneo de los santacruceños, pues sabido es que tal circunstancia estuvo muy arraigada a en el imaginario cultural y costumbrista de nuestros mayores; esa idea de que los veraneantes santacruceños en La Laguna «van a buscar el reposo bajo sus grandes árboles, entre los cuales predomina el eucalipto». Hasta ahí los parabienes en la descripción de La Laguna. A partir de ahí, La Laguna es una «reina decaída, una ciudad en decadencia». Se trata de una ciudad silenciosa, de tristeza contagiosa, pues «en ella se encuentran numerosas iglesias, véanse también muchos monumentos en ruinas. La hierba verdea el piso de sus calles y hasta el techo de sus casas».

Salen de La Laguna continuando la excursión por el Norte. En cuatro horas de trayecto llegan a la Orotava pasando por la localidad de Tacoronte, lugar el que se encuentra un museo que alberga una «curiosa colección de momias guanches, armas e instrumentos de aquel pueblo muerto». Pasarán igualmente por El Sauzal, La Matanza, cuyo nombre recuerda, sin ofrecer más detalles, un «sangriento combate», La Victoria, «teatro de otra antigua batalla», y Santa Úrsula. Sólo al salir de este último

⁹²⁷ VERNE, JULIO: *Agencia Thompson y cía.*, op. cit., pp. 236 y 237.

pueblo es cuando el camino desemboca en el Valle de La Orotava, «que un ilustre viajero, Humboldt, ha dicho que es el más hermoso del mundo».⁹²⁸

Observamos aquí dos referencias interesantes y que no podemos dejar de pasar por alto. La existencia, en Tacoronte, de un museo de antigüedades guanches que el autor lo destaca como digno de mención, pero no lo suficientemente importante como para despertar la curiosidad de los excursionistas, pues lo atravesaron «sin que ninguno de los viajeros se dignase a bajar». La segunda referencia a destacar es la expresa mención a Alexander von Humboldt, el naturalista prusiano tan vinculado a Canarias por sus precisas y preciosas descripciones de variados temas, todos de trascendencia científica, tales como el vulcanismo, la geografía vegetal, la botánica, la población aborigen y, en general, la sociedad canaria de finales de siglo. No albergamos dudas de que nuestro novelista se haya documentado de esas preciosas valoraciones para dibujar el paisaje tinerfeño que describe en su obra.

Sin más incidentes, los viajeros llegan a La Orotava cuyo paisaje «armonioso» es descrito en consonancia, a buen seguro, con la imagen de éste dada por Humboldt. Enclava el Valle –lo define como un «océano de verdura»- entre la llanura inmensa del mar y el conjunto de macizos, o picos salvajes y negros, de entre los que sobresale el «padre Teide», como él mismo lo denomina. Distingue dos Orotavas: la ciudad, a cinco kilómetros del mar, y el Puerto. La excursión se inicia al día siguiente, temprano, con una amplia caravana formada por cincuenta y un pasajeros y mulos, cuarenta arrieros y doce guías. La expedición está liderada por el guía Ignacio Dorta. Obsérvese el apellido de este último, típicamente canario de localización noroeste de la isla, aunque de clara ascendencia portuguesa.⁹²⁹

Se inicia la ascensión al Teide desde la Orotava, seguida con gran expectación por una muchedumbre de vecinos a la salida de la ciudad, por una zona que el autor llama Monteverde. Imaginamos que la ascensión sería a través de los altos de La Orotava a través de una masa arbórea que la imaginación de Verne, o la consulta a la obra de Humboldt, describe de «abetos y castaños más viñas y masas de cereales».⁹³⁰ A partir de un momento determinado la ascensión se vuelve insoportablemente dura, hasta el extremo de que, al llegar al Portillo, a una meseta denominada Estancia de la Cera, el grupo de había reducido a la mitad; a veinticinco viajeros. Los sobrevivientes a esa dura ascensión llegan y divisan una llanura de suelo caótico y convulso, un malpaís. Llegan a la planicie de Las Cañadas, que Verne denomina, «cráter primitivo cegado por los detritus vomitados por el volcán». Es curiosa la explicación que ofrece al modo en que se formó el pico del Teide y la altura –tres mil setecientos metros– que alcanzó mediante «el continuado amontonamiento de escorias que lo convierte en el pico más alto del globo»,⁹³¹ según añadía.

⁹²⁸ *Ibidem*, p. 238. Recordemos que Alexander von Humboldt estuvo en Tenerife entre el 19 y el 25 de junio de 1799.

⁹²⁹ www.heraldaria.com. El origen del apellido Dorta, en consonancia con el tema central del presente Congreso, es puramente atlántico o macaronésico (Canarias, Azores y Madeira).

⁹³⁰ VERNE, JULIO: *Agencia Thompson y cia.*, op. cit., p. 241.

⁹³¹ *Ibidem*, p. 243. Como es sabido, la altura concreta del Teide es de 3.718 metros.

Con el transcurso de las horas, la fatiga acumulada por esa ascensión continuada va haciendo estragos en el grupo, reducido ya a tan sólo quince personas, hasta que finalizan la jornada llegando al refugio de Altavista,⁹³² quedando pendiente tan sólo el esfuerzo final de culminar la cumbre al día siguiente. No deja de sorprender, y embargar incluso la emoción, leer en una obra de Julio Verne el relato preciso de una excursión de ascensión al pico del Teide siguiendo el itinerario que muchos excursionistas, senderistas, viajeros ocasionales, grupos y familias completas en general han realizado no una, sino en varias ocasiones y que igualmente forma parte del imaginario colectivo del tinerfeño, en particular, y todos los visitantes, en general, la casi obligada excursión de ascensión al Teide pasando la noche en el refugio de Altavista.

La jornada del gran día se inicia temprano, muy temprano, a las dos de la mañana, con el propósito de «llegar a la cima al despuntar el día». A estas alturas, la desbandada de excursionistas era casi generalizada, hasta el extremo de que tan sólo seis se atrevieron a acometer el tramo final de 535 metros que separa el refugio de Altavista de la cima del Teide; distancia que tardaron de cubrir, en medio de un viento helado, en dos horas con cuatro bajas más. El esperado momento de la cumbre lo disfrutarán tan sólo dos excursionistas, la heroína y el héroe de la novela, cuyos sentimientos de mutuo afecto en el incomparable marco del amanecer del nuevo día en la cima del Teide precipitó una historia de amor que estaba cantada desde los primeros capítulos del libro. No podemos resistirnos a reflejar literalmente la descripción que hace el autor a ese amanecer en la cima.

«Pronto la luz que iba en aumento les hizo reconocer que habían encontrado abrigo en el cráter mismo del volcán, que se abría ante ellos a cuarenta metros de profundidad. Por todos lados se alzaban humaredas; el suelo, esponjoso y ardiente, se hallaba agujereado por pequeñas excavaciones, de donde se escapaban vapores sulfurosos. La periferia del cráter señala un límite de notable precisión. Hasta allí sólo reina la muerte absoluta, sin un ser, sin una planta; bajo la influencia de su benéfico calor, la vida renace en la cumbre. Alice y Roberto, en pie, a tres pasos uno de otro, contemplaban el horizonte que el alba inflamaba. Poseídos de una religiosa emoción, llenábaseles los ojos y el alma del grandioso espectáculo que comenzaba a aparecer ante sus ojos. En torno de ellos zumbaban moscas y abejas. A sus pies descubrió Roberto una violeta escondida bajo sus violadas hojas. Inclínándose, cogió Roberto aquella flor paradójica que crecía en altitudes donde ningún otro representante del reino vegetal podía vivir, y la ofreció a su compañera, que silenciosamente la prendió en su pecho... Súbita, estalló la luz del día... Como una esfera de metal enrojecida, incendiada, sin rayos, el sol subía en el horizonte... La cima, primero, llameó en la claridad; después, así como la víspera había subido la sombra, entonces descendió con igual velocidad... Alta Vista, el circo de Las Cañadas aparecieron... Y de golpe, cual, si un gran velo se descorriera, la mar entera resplandeció bajo el infinito azul... Sobre aquel mar dibujábase la sombra del Pico en un cono extrañamente regular, cuya punta iba a perderse en el Oeste, en la isla de La Gomera. Más lejos y más al Sur, El Hierro y La Palma aparecían claramente, pese a la distancia de 150 kilómetros. Hacia el Este, alzábase la Gran Canaria en el esplendor del alba. Sí Las Palmas, su capital, se escondía en el lado opuesto, distinguíanse, en cambio, la Isleta y el puerto de La Luz, en el que tres días antes

⁹³² «habíase llegado a Alta Vista, donde se había construido un refugio para los obreros que explotan el azufre. Allí debía pasarse la noche» (ibídem, p. 247).

había anclado el *Seamew*. En la base del Teide la isla de Tenerife se desplegaba como un vasto plano. La luz rasante de la madrugada acentuaba el relieve de los desniveles. Enérgicamente se marcaban innumerables picos, salvajes barrancos y suaves valles, en el fondo de los cuales se despertaban a aquella hora las aldeas». ⁹³³

Y aquí termina la visita de los viajeros del «*Seamew*» a la isla de Tenerife, pues al día siguiente parten del Puerto de la Cruz en dirección Oeste, hacia La Gomera, doblando la Punta de Teno. Pasan, sin atracar en puerto, por delante de San Sebastián, la capital de la isla, «villa de poca importancia, pero grande por los recuerdos que evoca», haciendo referencia a la circunstancia de ser el último suelo castellano pisado por Cristóbal Colón en su partida rumbo hacia las Indias. Pasado San Sebastián, toman rumbo hacia El Hierro, en travesía de dos horas de duración y 22 millas de distancia. De El Hierro recoge muy pocas referencias. De aspecto «particularmente terrible y salvaje», no ofrece ninguna importancia comercial, destacando tan sólo su referente geográfico como meridiano cero y su referencia en longitud Este u Oeste tomándola como referencia. Hasta aquí la visita de los excursionistas al archipiélago canario.

Discusión y conclusiones

La conexión del archipiélago canario y, por qué no, Maderia y Azores como espacios de retiro temporal por razones de salud, primero, y como atractivo turístico, después, viene desde inicios del siglo XIX y ha sido suficientemente estudiada. Los protagonistas de estos viajes no podían ser otros que las clases burguesas y ociosamente acomodadas de las naciones europeas de más temprano desarrollo industrial y, por tanto, de mayor renta y bonanza económica. Es, por tanto, que nacionales británicos y franceses ⁹³⁴ principalmente vieran en Madeira y Canarias lugares ideales para un tratamiento climático-terapéutico. ⁹³⁵ Nicolás Lemus establece una interesante y favorecedora estadística de las que extrae unas interesantes conclusiones las virtudes del clima de Madeira y el propio de nuestro archipiélago como recuperador casi milagroso de enfermos de tuberculosis y otras enfermedades de tipo pulmonar y contagioso que aconsejan zonas de clima plácido para favorecer la recuperación.

Es claro, por tanto, que la situación económica de esas naciones antes citadas, unida al propio desarrollo de las comunicaciones con la máquina de vapor aplicada a la navegación, acercaron estos archipiélagos, históricamente concebidos como el fin del mundo, a esas modernizadas naciones y a esos viajeros, propiciando igualmente en esas zonas un incipiente y progresivo desarrollo turístico. Ese turismo elitista de las clases adineradas que disponían de ese tiempo y de recursos casi ilimitados para

⁹³³ *Ibidem*, pp. 255-256.

⁹³⁴ CURRELL, CLARA: «Presencia de Canarias en las letras francesas», en *Estudios Canarios: Anuario del Instituto de Estudios Canarios*, núm. 44, La Laguna (Tenerife), 1999, pp. 193-212.

⁹³⁵ LEMUS, NICOLÁS: «El despegue del turismo en Canarias. El Puerto de la Cruz y el turismo británico de salud», en *Revista de Estudios de Turismo de Canarias y Macaronesia*, núm. 3-4, Escuela Universitaria de Turismo Iriarte, Santa Cruz de Tenerife, 2011-2012, pp. 1-11.

viajar durante periodos de tiempo relativamente prolongados, meses incluso, por los archipiélagos de la Macaronesia ya estaba plenamente normalizado en esas naciones del norte a finales del siglo XIX y principios del XX que es el marco temporal en que se ubica la novela.

En cierta medida esa situación se refleja en la obra de Verne. Sus personajes, todos, son de ese o parecido perfil. Son la mayoría ciudadanos de esas «grandes naciones del norte», en especial Inglaterra. La histórica vinculación de Inglaterra con Portugal y con las mismas Canarias, el pleno funcionamiento y desarrollo de los principales puertos canarios y la instalación del cable en 1883 son detonantes de ese progresivo desarrollo que acercaría esos archipiélagos de la Macaronesia a tales adinerados viajeros. La situación socioeconómica de Canarias a fines del siglo XIX y principios del XX en cierta medida no es como la describe Verne en su obra. Esa «negligencia y apatía» de la administración española de la que habla no podemos decir que fuera exactamente tal, y en todo caso sí que quedaba compensada con el impulso económico que ofrecía el asentamiento de empresas extranjeras, principalmente británicas, y sus intercambios comerciales.⁹³⁶ Por tanto, la presencia de casas comerciales extranjeras, consignatarias, en los principales puertos capitalinos, y las condiciones de comunicación y mejoras técnicas, todo unido al clima, serán los factores determinantes. Y el lugar de ubicación inicial será el Valle de la Orotava y el Puerto de la Cruz, precisamente, el centro neurálgico, junto a la excursión al pico del Teide, de la acción que transcurre en Tenerife en el libro de Verne.

¿La elección? El propio autor a lo largo del libro lo desvela. Los protagonistas del libro no esconden su gusto por el buen clima, la naturaleza, la playa, el mar y los parajes naturales. El paisaje natural del Valle de La Orotava fue un argumento de peso al responder a las expectativas del turista europeo. Numerosos científicos, viajeros, naturalistas y escritores por todos conocidos han destacado ampliamente el marco natural y el paisaje de Canarias, en general, de Tenerife, en especial, y muy cualificadamente del Valle de La Orotava. La rivalidad del Puerto de la Cruz con las Palmas de Gran Canaria se particulariza en el ámbito turístico.⁹³⁷ Y esa singularidad se refleja en el libro.

A los reclamos citados, se le añade también la fascinante atracción que ejerce el pico del Teide. Ese interés está presente en los viajeros a lo largo de la historia, cuya presencia y aspecto era un tópico en la conversación entre los turistas.⁹³⁸ El Teide era el centro de atracción de Tenerife, que fascinaba a los visitantes. El propio Verne destaca como plato fuerte, nada menos, de todo el viaje organizado en el vapor

⁹³⁶ Desde las primeras décadas del siglo XIX, ya estaban operando en las transacciones comerciales isleñas británicos como James Swanson, Robert Houghton, Thomas Miller, Gilbert Stuart Bruce, Lewis Gellie Hamilton, William Davidson y otros; mientras que a finales del siglo aparecieron Henry Wolfson Ossipoff, Richard Ridpath Blandy, Edward Fyffes, Alfred L. Jones, Cecil Barker, Richard J. Yeoward, etc. (Ibídem).

⁹³⁷ John Cleasby Taylor, médico escocés que compara Las Palmas con el Puerto de la Cruz, destacó en 1889 que, si bien la ciudad norteña de Tenerife tenía más días de lluvias anuales, mayor humedad y menos horas de sol que Las Palmas de Gran Canaria, su rival en la incipiente carrera turística, por el contrario, la superaba al tener unos alrededores naturales mucho más bellos (ibídem).

⁹³⁸ VERNE, JULIO: *Agencia Thompson y cía.*, op. cit., p. 7.

«Seamew» la excursión al Teide, según decía, «el pico más alto del globo».⁹³⁹ Es evidente que las fuentes usadas por Verne para la construcción del paisaje de las islas de su libro son tomadas de libros, mapas, atlas y, probablemente, de guías de viaje. El esfuerzo de documentación no es para felicitarlo, pero tampoco para desdeñarlo. Nos quedamos con la descripción de la subida al Teide, tomada y casi copiada de la obra de Alexander von Humboldt, al que incluso menciona en la novela.

En lo que concierne al episodio de Artenara, debemos recordar la descripción del antropólogo francés René Verneau en su obra publicada en 1891, en la que describe una aldea poblada por canarios de raza negra, supervivientes de los antiguos trabajadores de la caña de azúcar y que permanecieron en Tirajana.⁹⁴⁰ La consulta, entre otras fuentes, de diversas actas notariales, ubican el Barranco de los Negros en el mismo Barranco de Tirajana, en el tramo que va desde Cueva Grande a la Cuesta de Garrotes, y entre Los Cuchillos y El Gallego. Estos topónimos, aún hoy en uso, están muy próximos –a menos de dos kilómetros– de la población de Aldea Blanca, por lo que no es difícil concluir que esta «aldea negra» que menciona Verneau pudiera tener alguna relación con el nombre que se le dio a Aldea Blanca. Existen, además, topónimos por todo el sur de Gran Canaria, relacionados con personas de color: Los Moriscos en Santa Lucía, Hoya de la Negra, Cueva de la Negra, Casa del Negro Santo, Ladera de los Negros, Soco del Negro, lo que nos indica lugares donde vivían personas de esta raza, con toda seguridad, apartados de los blancos. Hasta 1880, existió la esclavitud en España, año en el que Alfonso XII sanciona la ley de abolición, que se extingue definitivamente en 1886, precisamente, durante la estancia de Verneau en las Islas Canarias.

⁹³⁹ *Ibidem*, p. 236.

⁹⁴⁰ VERNEAU, RENÉ: *Cinco años de estancia en las Islas Canarias*, José A. Delgado Luis (editor), La Orotava (Tenerife), 1981 (1ª edición en francés en 1891).